

## **Pandemia: liderazgo versus política (II)**

**MSc. Manuel Rivera**  
**Director**

Se supone -y lo dicen los expertos en la materia- que las crisis sociales de toda índole y de cualquier color o matiz son los mejores escenarios para identificar a un o una líder, buenx o malx, correctx o incorrectx, prudente o no, hábil o incompetente, y un enorme etc. de dualidades. No es el único espacio de identificación de liderazgos, por supuesto, se les puede identificar en ambientes “normales”, propias de una sociedad y de n cantidad de modalidades de organización que se justifican así mismas por la existencia de una jerarquía en cuya cima se coloca a quien dirige, orienta y determina las acciones del resto.

Más allá de las estrategias de marketing y de las técnicas “hacedoras” de líderes, y más allá, aún, de quienes se consideran líderes o guías iluminadxs o escogidxs por fuerzas divinas o superiores que los han ungidx para conducir al grupo, a la comunidad o a las masas, existe una serie de apreciaciones de índole científico que buscan explicar el origen de esta acción individual y social, y que intentan, además, revelar la maraña en la que se fundan las creencias que giran en torno a lo que parece ser una necesidad social básica, adicionando a dichas explicaciones, desde luego, contextos, hechos, necesidades e intereses, también individuales y sociales.

Ante la imposibilidad de entrar en detalles sobre cómo se ha analizado a lo largo de la historia el tema en cuestión, enfocaremos nuestras apreciaciones en dos tipos de manifestaciones del liderazgo y que de alguna manera están en sintonía con las actuales condiciones en las que se desenvuelve nuestro país.

La primera de las apreciaciones está vinculada con el actual liderazgo político guatemalteco ante la pandemia del covid-19, y que recientemente desató

polémicas por las declaraciones emitidas por el presidente de la República, quien, al referirse al curso de las acciones gubernamentales tomadas en torno a las estrategias de atención y contención de personas contagiadas por el virus, indicó que ahora es responsabilidad de las personas, no del gobierno, vigilar y velar por su salud.

A simple vista, esta directriz no conlleva carga alguna y podría identificarse como parte de un proceso establecido para solventar un problema en particular. Pero, no lo es. Tras este comentario se pueden dilucidar una serie de estrategias concebidas para satisfacer intereses de sectores que buscan en el “liderazgo presidencial” la obtención de beneficios económicos a partir de la aceleración de la apertura del país y de la inmediata reactivación de la economía.

Aún más lejos de esta intención, lo que concebimos en este tipo de directrices es la ausencia de un líder con visión de Estado, que como médico se invisibiliza al negar el juramento hipocrático, y que junto a sus secuaces de la política partidista manipula procedimientos y se corrompe de manera vertiginosa.

Detrás de este tipo de acciones y procedimientos existe -y acá está el meollo del problema- una conjunción de hechos y de circunstancias generalizadas que pueden explicar, mas no justificar, porqué en nuestro país, desde hace muchas décadas, no tenemos líderes políticos que den la talla y que se perfilen como conductores de la plurinacionalidad guatemalteca. Es decir, debemos buscar en los mecanismos de elección y selección (racionalmente establecidos, desde la concepción weberiana) las respuestas objetivas. Si en algún momento precisamos comprender por qué fue expulsada la CICIG, debemos escudriñar, entre otras, las acciones que dirigió al sistema electoral y de partidos políticos vigente en Guatemala.